

# LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc.. ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

**SUMARIO.** = *Teatro del Balon.* = *El Invierno, poesía por Doña María del Pilar Sinués de Marco.* = *Figurin de Modas.* = *El canto de los helenos, novela traducida por D. Eugenio de Ochoa.* = *Correspondencia.* = *Groglífico.*

Con el presente Número repartimos un figurin de señoras, el cual, como comprenderán nuestros favorecedores, no estábamos obligados á darles; pero como nuestro constante deseo es agradar, aun á trueque de sacrificios, tenemos un placer cada vez que demostramos que cumplimos mas de lo que ofrecemos.

## TEATRO DEL BALON.

**FÉ, ESPERANZA Y AMOR.**—*Drama en tres actos y en verso, por D. Antonio Reondo.*

Habrás echado de ver que en nuestras revistas teatrales ha tiempo que nos recintamos á este coliseo y á las obras que en él se presentan; pero esto consiste en que 'por ahora' no tenemos otro, lo cual es razon tan válida como la de aquel que no hacia salvas por no tener pólvora.

En efecto, sabido es de todos que el Principal permanece aun con sus puertas cerradas; pero lo que ignoramos es si alguno sabe cuando se abrirán, y nosotros nos contamos en ese gran número de los que lo ignoran. Dícese no obstante que este acaecimiento, pues tal viene á ser ya, no ha de retardarse mu-

cho, y de seguro no creemos á nadie tan enemigo de los aumentos de su bolsa, que deje en claro no menos que unas Navidades, si gran motivo de imposibilidad no lo fuerza á ello.

Días ha nos anunció un periódico la próxima llegada de la simpática y aplaudida Srta. Ramirez, á la que los diarios de Madrid denominan *la perla de la zarzuela*, añadiendo que otros mas de los artistas de la compañía en ciernes se hallaban ya en Cádiz. También nosotros ignorábamos esto, así como no creemos que *la perla* haya llegado ya. Acontecimientos de tal especie siempre se repican; pero de entonces acá bien han transcurrido muchísimos mas de los tres ó cuatro dias que se calculaban; y bien, por el contrario, habia tiempo de sobra para llegar, no de Madrid, sino desde San Petersburgo, y eso viajando en carreta.

En tanto, pues, que no hay otro teatro con quien dividir el obgeto de nuestras tareas críticas, nos ocuparemos exclusivamente de las del Balon, el cual, fiel á sus tradiciones, no se estaciona nunca en tales ó cuales obras, sino que abarca las mas que puede, á costa de inauditos esfuerzos. Eso quiere aquel público, y esto cuidan de darle la empresa y los actores.

La última nueva produccion á que asistimos, puesto que atenciones imprescindibles nos han impedido asistir á otras, es al drama cuyo título ponemos por cabeza de este artículo. Estaba anunciado para el sábado; pero debió de ser forzoso el trasladar su egecucion al lunes, lo cual de seguro influyó en la entrada, que no fué ciertamente la que debió ser, atendidas las circunstancias del á un tiempo beneficiado y autor, algunas de cuyas obras habian sido puestas en escena antes de ahora con éxito lisongero.

DICIEMBRE.

Ayuntamiento de Madrid



Ya llevamos dicho que el drama se titula *Fé, Esperanza y Amor*. Digamos algo de su argumento.

La accion se supone en Asturias y en tiempo del rey D. Alonso el Casto. Supónese tambien que un poderoso y noble caballero, llamado D. Veremundo, tiene dos hijas, Turismunda y Teudisela, de las cuales aquella es la mayor, y como por otra parte D. Veremundo no ha tenido hijos varones, resulta que es Turismunda la destinada á transmitir, ya que no el nombre, la sangre y el lustre de la familia. Teudisela por menor está destinada al claustro. Y de paso adviértase en esta resolucio del viejo asturiano un modo espeditivo y sencillísimo de cortar todas esas interminables cuestiones que aun surgen y se agitan acerca de los mayorazgos y vínculos. Enciérrese á los hijos menores en la Trapa, y á las hijas en los conventos, y es acabado el negocio.

Pero, como deciamos, á Turismunda en su calidad de única heredera, se la daba un esposo, y esta eleccion habia recaido en D. Ordoño de Lara, noble caballero, pariente de su futura y distinguido por su valor y gentileza. Turismunda le amaba, si bien no era correspondida, puesto que D. Ordoño habia entregado su corazon á la hermana menor, á Teudisela, quien á su vez pagaba con el mas vivo cariño el suyo; lo cual no era obstáculo para que el amante se resignase á dar su mano á aquella, bien contra su voluntad.

Hasta aquí el asunto no pasaba de ser una mera cuestion de familia, que lo mismo pudiera tener lugar en tiempos de Alonso el Casto como en los de Felipe V. Era forzoso enlazarlo con algun hecho histórico, con alguna tradicion grande, y al efecto el autor ha procurado hacer coincidir la accion de su drama con el supuesto feudo de las cien doncellas, que los mas de los historiadores nos refieren, si bien unos dan el caso, ya que no por cierto, por punto menos que averiguado, cuando otros en mayor número y de no menor nota nos le cuentan como trasunto de una parrucha corriente en los remotos tiempos de esta monarquía.

Teudisela acierta á ser designada por la suerte como una de las ciento que han de ir á llenar las vacantes del harem del rey moro

de Córdoba; el padre jura no consentirlo, y sabedor de que D. Alonso, deseoso de vengar esta afrenta impuesta al honor cristiano por Mauregato, reúne sus huestes y se aproxima en armas, resuelve hacerse fuerte en su castillo con sus guerreros, bien así como con los que bajo su mando trae D. Alonso, que herido en reciente pelea no puede sin imprudencia volver al combate en aquellos momentos.

Sin embargo el viejo, no obstante la repugnancia que en D. Alonso advierte, insiste con la tenacidad propia de sus años y de su época, en que ante todo se lleve á cabo el matrimonio; cosa que no menos que su padre anhela Turismunda; pero esta llega al fin á sorprender el secreto del amor de su hermana, y por sí misma escucha las súplicas que hace á su amante para que no se oponga á la voluntad paterna, puesto que ella se sacrifica gustosa en aras de la felicidad de la misma Turismunda. Esta, conmovida por semejante prueba de amor fraternal, y siendo además desde niña de ánimo levantado y dada á ejercicios varoniles, se cubre con la armadura de D. Alonso, monta su corcel, y ocultando á todos su designio, se pone al frente de los guerreros, se une al rey, combate á los moros y ayuda á vencerlos.

De vuelta, hace que su padre acceda á la boda de su hermana, y se retira al mismo claustro destinado para ella.

Este es el drama. ¿Qué juicio nos hemos formado de él? Veamos.

Cosa muy bella y muy dramática es el contraste de afectos que ofrece el alma cuando lucha entre el cariño hácia un amante y el amor hácia un padre ó una hermana. Los sacrificios espontáneos son siempre nobles y hasta sublimes, y por eso han sido tan explotados en todas las épocas. Esto los hace perder en novedad, en el teatro se entiende, porque en este mundo tangible y material continúan siendo verdaderos fenómenos. No es esto, por tanto, un defecto en el drama en cuestion; es no mas que una circunstancia que en algo disminuye el aliciente. En tal sentido, y no en otro, hacemos la presente observacion.

Pero bien es que al sano juicio y al buen deseo del Sr. Redondo presentemos algunos



lunares, que si bien no son de los que influyen en el éxito de una obra al ponerla en escena, dan lugar á la crítica concienzuda del que se ve forzado á la ingrata tarea de señalarlos para la ulterior correccion.

A cada momento se habla allí de Castilla; los héroes del drama se envaneceñ de las castellanas glorias; pero téngase presente que D. Alonso el Casto no fué jamás rey de Castilla, puesto que Castilla no fué reino hasta mucho después. Algunas comarcas de esta tierra empezaban, cuando mas, por este tiempo á organizarse en grupos, que hacian frente, si es que podian, á cortas fuerzas de moros; pero sin nombre y sin importancia aun en la historia de la época. Los reyes no eran entonces siquiera reyes de Leon, cuyo trono se alzó en tiempos bien posteriores. Eran simplemente reyes de Asturias ó de Oviedo, como se llamaron hasta el tiempo de D. Ordoño Segundo, es decir, mas de un siglo adelante.

Decimos lo mismo del apellido de Lara. Lara pertenece á Castilla, y no fué conquistado de moros hasta el año de 862 por Ordoño I.

Tambien hay anacronismo en el Don de los personajes. Hasta algunos siglos despues de Pelayo no tuvieron Don sino los reyes.

Al lado de esto vemos un drama escrito con bastante juicio y correccion, y leemos versos de singular energía y bravura, como los de las octavas de Turismunda en el tercer acto; prendas muy suficientes á asegurar su éxito, que alcanzó muy cumplido, habiéndose hecho presentar en escena al autor, ciego y desgraciado, para recibir del público unánimes y cordiales aplausos.

Sabemos que ha quedado altamente satisfecho de la egecucion, especialmente por parte de la Señorita Alvarez, cuyo papel le permitió lucir mas que á otros. Todos, sin embargo, se esmeraron en el desempeño de los suyos.

Con placer singular felicitamos al Sr. Redondo por la buena acogida que halló su obra. Esta acogida era tras de galante justa.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

## EL INVIERNO.

Triste has llegado, encanecido invierno,  
Con tu manto de escarchas y de nieve,  
A que tu cierzo bramador se lleve  
El tallo mústio de la seca flor;  
Caerán tus hielos en el verde prado  
Dó cantaban parleras avecillas....  
Pero deja en los campos las semillas  
Que olvidó el laborioso labrador.

¿Qué han de comer los pobres gilguerillos  
Si arrastras en tus alas despiadadas  
Esas sobras, que deja abandonadas  
Quien llenó sus graneros con afan?  
¿Qué han de comer los tímidos gorriones  
Que mirando la nieve con tristura  
Pían de hambre, de frio y de amargura  
Y desolados por el aire van?

Si pudiera mi amor alimentarlos  
¡Oh invierno! no tu furia temeria.  
Otro tiempo, sustento les ponía  
De una alta encina, en el añoso pié:  
Y vi las pobres madres que gozosas  
Llevaban á sus hijos el sustento,  
Y lágrimas vertiendo de contento,  
Yo tambien con su gozo me alegré.

Mas hoy, invierno, ni alimento llevo  
A mis amigas las parleras aves,  
Ni alegría me das, pues que tú sabes,  
Que ave triste, vegeto en mi prision:  
Solo miro tu hielo y tus tormentas;  
Tu niebla que tortura el pecho mio;  
Mas recuerdo á mis aves, y te envío  
Por ellas este canto de afliccion.

Sí, de afliccion! que quien se alegra solo  
Ante la luz del sol y ante las flores,  
Solo puede sentir luto y dolores  
Cuando flores le robas, luz y sol:  
Y quien es tan mezquina en sus deseos  
Que pide solo luz por su alegría,  
Anhela por consuelo á su agonía  
De la antorcha del cielo el arrebol.

¡Ah! pasa pronto, asolador invierno!  
Pasa veloz con tu perpetua noche!  
Pasa, y que vea el aromado broche  
Que ostenta en Marzo la primera flor.  
Risa de la esmaltada Primavera  
Ella será para mis tristes ojos,  
Y yo al Eterno adoraré de hinojos,  
Y gracias le daré llena de amor.

Por fin, cuando veia estensos bosques  
Cubiertos todos de eternal blancura,  
Cuando veia el prado y la llanura,  
Y por ella al rebaño caminar:



Cuando á la orilla del helado rio  
Con grano y pan alegre me sentaba  
Y á las aves que amante sustentaba  
Cariñosa y paciente iba á esperar;

Veia cielo y luz, veia nieve  
En la elevada cumbre del Moncayo,  
Y de luna esperaba el primer rayo,  
Que iluminaba el firmamento azul:  
Y el alto Castellar se me fingia  
A la enfermiza acalorada mente,  
Envuelto entre las nieblas de Occidente,  
Un fantasma velado en blanco tul.

Veia el ancho hogar de mis abuelos  
Dó chispeaba la llama enrojecida,  
Y consejos oia estremecida  
Del anciano viajero narrador:

En tanto que apoyaba mi cabeza  
En mi grueso mastin, dorado y cano,  
Que con mi peso se sentia ufano  
Y lamia mi frente con amor.

Ahora, invierno, tus fugaces dias  
y eternas noches, de pavor me llenan:  
Y tus nieblas el alma mia apenan  
Que yerta siempre y desmayada está.

Las pobres flores que cuidé anhelante  
Para que engalanasen mi aposento,  
Al rudo empuje de aquilon violento  
¡Ha muchos dias que murieron ya!

Y la pobre avecilla que su canto  
Me daba alegre, al despuntar el dia,  
Une su vuelo á la tristeza mia  
Y enmudece tambien en su afliccion.

Y mientras duerme la natura triste,  
El insecto, la flor, la ave canora,  
El alma mia entristecida llora  
Cual la esclava africana en su prision.

¡Oh invierno! no me culpes si con quejas  
Y con lamentos solo te recibo!  
¿Qué he de hacer, si me ocultas tan esquivo  
Hasta del sol la bienhechora luz?  
¿Qué he de hacer, si sepultas mi alegría,  
Mis flores y mis aves en tu manto,  
Y sin duelo á mi pena y á mi llanto,  
Te llevas mi contento en tu capuz?

Pero yo quiero amarte y bendecirte  
Cual bendigo las otras estaciones;  
Enfrena tus soberbios aquilones  
Que esta sola merced te he de pedir:

Deja á las dulces aves sus asilos  
De helecho y desecadas yerbecillas:  
Déjales en el campo las semillas  
Por que van las cuitadas á morir.

Si generoso cumples mi deseo,  
Daré al olvido tu perpetua noche,  
Por mas que ansie el perfumado broche

Que en Marzo ostenta la primera flor.

Contenta me verás, mi pobre anciano,  
Y adoraré tu cana cabellera,  
Esperando á la hermosa Primavera  
Como á una hermosa nieta de tu amor.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

## ESPLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

### PRIMER FIGURIN.

Vestido de granadina con tres volantes dobles y en la pegadura de cada uno un rizado de cinta de gasa. Monillo fruncido con cinturon y hebilla: mangas con dos volantes dobles muy cortos sobre el brazo y cayendo en punta; encima de cada volante, rizado de cinta. Cuello de punto de Inglaterra. Sombrero blanco adornado con blondas y trinitarias: cabos de cinta escocesa lila y malva. Brazaletes de oro y esmeraldas. Guantes paja.

### SEGUNDO FIGURIN.

Vestido de piqué rosa. El monillo con grandes faldetas que caen á mas de media enagua: mangas á la judía muy largas y muy anchas, viéndose medio brazo. Cuello y mangas de muselina bordada. Guantes paja. Sombrilla-abanico de gró rosa de China guarnecido de fleco. Sombrero blanco adornado con blondas y en los lados una gran rosa: cabos blancos.

## EL CANTO DE LOS HELENOS.

NOVELA TRADUCIDA DEL FRANCÉS

POR

DON EUGENIO DE OCHOA.

(CONTINUACION.)

Viéndome objeto de la atencion general logré reprimir mi angustia, y pretestando una ligera desazon, me retiré á mi cuarto. Necesitaba estar sola, dar rienda suelta á mi dolor, á mi desesperacion, como un niño que por primera vez encuentra resistencia á sus deseos..... Al cabo de pocas horas, una idea atravesó de pronto mi espíritu como un relámpago. Volé al sortijero y en él me encontré un billete que decia así:

"Ya es tiempo de que sepa Vd. la verdad: callarla seria una infamia. Alfeo Micaelis no



se casará nunca con Vd.: si osara conducirla á Vd. al altar, allí mismo caería Vd. á sus piés anegada en sangre. Si tiene Vd. valor para saberlo todo, vaya Vd. esta noche, sin miedo, á la reja del parque exterior: entonces será Vd. única árbitra de su suerte."

En el estado de exaltacion en que me hallaba no titubeé un instante.

—Iré, dije, iré, suceda lo que suceda. Ya nada me importa!

Hay en la vida momentos decididos en que las naturalezas mas débiles adquieren una fuerza facticia, febril, que las arrastra y las lanza á peligros que el día antes no se hubieran atrevido á arrostrar; lo cual no es entereza ni valor, sino una sobreexcitacion nerviosa que á veces produce irreparables faltas, á veces actos de heroismo seguidos casi siempre de inercia y abatimiento.

Afectando la mayor serenidad posible, bajé á la hora de comer á fin de poder salir luego al parque sin llamar la atencion, y así lo hice sin que nadie se ofreciese á acompañarme, porque tales paseos eran en mí cosa ordinaria, y además en días de jaqueca nada es mas natural que salir á tomar el aire. Acababan de dar las siete y media en el reloj del salon cuando me encaminé á la terrible cita.... Pronto, sintiéndome aislada en aquel gran parque solitario, tuve miedo; el solo roce de mi falda contra las retamas me hacia estremecer; poco me faltó para huir, pero pudo mas en mí la invencible curiosidad que me arrastraba, y quise jugar mi destino de una vez... perderle ó salvarle.

En el momento en que llegué á la reja que separa al jardin del parque exterior, oí con terror un ruido de pasos; volví la cara y me encontré en frente de Jorge.

—Muy animosa eres, prima, en recorrer el bosque é estas horas, me dijo con acento algo burlon. Pudieras tener algun mal encuentro.

—Nada temo, te lo aseguro, respondí algo turbada. Desde mi niñez tengo costumbre de recorrer esta parte sin encontrar en él mas que pájaros y mariposas.

—¿Quieres aceptar mi brazo? repuso Jorge con dulzura.

—No, no, necesito respirar el aire libre, y seria demasiado egoismo retenerte lejos del salon donde, sin duda, te echan de menos.

—Nadie me echa de menos en ninguna parte, Albina, y no puedo dejarte así, continuó mi primo con cierta insistencia. Además, mucho tiempo hace que estoy buscando en vano la ocasion de hablar contigo: permíteme que aproveche esta. Para que no me inter-

rumpas, voy á hacerte una pregunta sin mas preámbulo: ¿Por qué me tratas como á un enemigo?

—¿Cómo á un enemigo, Jorge! exclamé confusa.

—Si, como á un enemigo, y desde que éramos niños, sin que nunca haya podido adivinar por qué. No lo niegues; á veces experimentamos antipatías involuntarias y esa será una de tantas—¿cómo ha de ser? Nada te diría de esto, como ya supondrás, si una circunstancia particular no me forzase á tener contigo una explicacion. Creo, prima, que en este momento debes desear el consejo de un amigo y vengo á decirte francamente que, si necesitas auxilio, te ofrezco el mio.

Quise responder, justificarme; me fué imposible. Aquella oferta leal, imprevista, habia desarmado mi orgullo: él prosiguió:

—No te tomes la molestia de confiarme un secreto que te seria penoso revelar: yo hablaré por tí; si me engaño, tú me desmentirás. Has venido aquí, esta noche, no á tomar el fresco; sino á buscar á quien puede perderte, á una criatura indigna de acercarse á tí! En semejante caso, Albina, una mujer titubea, tiene miedo, y confía su secreto á un pariente, á un amigo, á quien encarga el cuidado de desenmarañar una intriga que podria mancharla.

Estas palabras fueron pronunciadas con una dignidad tal, con un acento tan noblemente sincero que, en el estado de aislamiento y exaltacion en que yo me encontraba, me llegaron muy al alma.

—Pues bien! Jorge, exclamé, estoy pronta á aceptar la proteccion que me ofreces, pero con una sola condicion, y es que, suceda lo que suceda, jamás descubrirás mi secreto, ni aun en mi interés y delante de nuestra familia. No te creo capaz de ninguna otra indiscrecion, no creas que te pongo esa traba por sentimiento alguno de desconfianza, no; lo que hay es que deseo quedar dueña absoluta de mi suerte. No quiero, entiéndelo bien, no quiero que me salves á pesar mio.

—Te lo ofrezco bajo mi palabra de honor, respondió mi primo; tu apellido es el mio y esta garantía debe bastarte á falta de confianza. Ahora voy á decirte como he sabido tu secreto.

Hace algunos días, paseándome en este parque recogí en el suelo un billete abierto y sin sobre; lo leí, y con gran sorpresa hallé en él amenazas hechas en estilo de melodrama que, segun todas las apariencias, no podian dirigirse mas que á tí. Recordando la espresion de terror pintada en tu rostro de algunos días á esta parte, fácil me fué reunir lo hilos de aquella intriga, como se reunen los retazos de una



carta rasgada para recomponer su sentido.

La historia de la dama sospechosa vino á confirmar mis sospechas. A fuerza de observar y de inquirir, supe que se habia establecido aquí cerca, en casa de unos labradores, una señora jóven que va siempre vestida de negro y tapado el rostro con un velo; supe tambien que no salia casi nunca, pero que uno de los criados de la quinta, Víctor, iba todos los dias á la cabaña y hablaba largamente con ella. Ese hombre me habia parecido siempre un maula, indigno de la confianza de nuestra abuela; hoy mismo he pedido que le despidan, y en el momento de irse, le he hecho venir á mi cuarto, y ofrecídole pagar su franqueza ó denunciar su conducta á la justicia, con lo cual he obtenido una confesion completa. Me ha dicho que la misteriosa dama es una antigua cómica de un teatrillo subalterno, á quien habia estado sirviendo mucho tiempo, mientras el príncipe vivia con ella en una fonda; que viéndose abandonada, habia logrado llamarle á París con no sé qué pretexto, para venir ella aquí á meter miedo y obligarte á renunciar á él. Ese pillo de Víctor me confesó tambien temblando que habia tenido encargo de poner una porcion de cartas en tu cuarto, por manera, Albina, que ya ves que lo sé casi todo y que poco puedes ya tener que confiarme. Ahora, en nombre de tu sosiego, en nombre de nuestra familia comun, te conjuro que me permitas reemplazarte en esa cita: cuando esa mujer vea que hay quien te protege, ella será la que tiemble y tú te verás libre de su odiosa persecucion.

Lo que yo padecia oyendo todo aquello, no es decible; mustia, silenciosa, hallábame como un reo delante de su juez: al cabo la violencia de mis sentimientos me obligó á esclamar

—¿Pero sabes tú que en esa lucha está empenada mi felicidad? No sabes que si tengo miedo, no es de la obscuridad, ni de la muerte, sino de perder todas las esperanzas que me unen á la vida?... Acaso esa mujer ha mentido... ¿He de renunciar al hombre á quien estimo, á quien amo, por el solo testimonio de esa mujer...?

—No, seguramente: yo haré todo lo posible por averiguar la verdad en medio de ese caos. Semejante mujer no merece confianza; si no me presenta pruebas irrecusables en apoyo de sus palabras, mañana mismo, con autorizacion tuya, saldré para París, iré á ver al príncipe, tomaré acerca de él informes seguros y, si se justifica, todavía puedes ser feliz.

—Ah! le dije meneando la cabeza con un gesto de incredulidad.

Luego añadí:— Déjame sola, Jorge, ¡mejor

que nadie lograré yo convencer á esa mujer de mentira y de calumnia!

—No, repuso mi primo con firmeza, eso es imposible; no puedo consentir, Albina, en dejarte en poder de esa aventurera; yo te acompañaré ó te reemplazaré: por esta noche nada mas considérame como un hermano.

—Vé pues, le dije, pero acuérdate de que pongo mas que mi vida en tus manos.—

Y me apoyé en su brazo, débil, temblando: ¿qué se habia hecho mi esfuerzo de poco antes? Jorge quiso acompañarme hasta la quinta, y así fuimos andando lentamente, sin pronunciar ni una palabra: solo al llegar á la escalinata, me dijo con voz conmovida:

—Gracias, Albina.

Entré en la sala, á esperar la vuelta de Jorge, que volvió al cabo de dos horas mortales, grave, caviloso, afectando no mirarme; luego habló de un negocio imprevisto que le obligaba á salir para París al dia siguiente.

—¿Todo el mundo se vá? exclamó mi abuela; tambien yo estoy por hacer mis baules y echar á correr. A lo menos, tráenos al príncipe: dile que á mi edad no se puede aguardar ya mucho, y que me falta tiempo para ver si Albina está bonita con su vestido de novia.

Estas palabras cayeron sobre mi corazon como una aguda flecha: no se debe hablar del sol y de la vida á los moribundos.

A la mañana siguiente bajé al salon; como yo preveia, Jorge me estaba aguardando.

—¿Qué dice de él? le pregunté imperiosamente. Dime toda la verdad; todo lo puedo soportar menos la duda.

—Debo decirte la verdad, respondió Jorge, por duro que me sea. Esa mujer puede haber mentido, pero dice que el príncipe es indigno de tí; que cuando la abandonó villanamente, á pesar de una promesa de matrimonio, creyó que no tendria valor para vengarse por miedo de perderse con él. Dice tambien que, poseedor de un nombre ilustre, al que ha añadido el título de príncipe que no le pertenece, pobre, pero disipador y vicioso, vive del juego y ha falsificado letras de cambio, en complicidad con ella, de todo lo cual me ofrece pruebas viniéndose conmigo á París.

Lancé un grito de horror y quedé luego muda, inmóvil, sin atreverme á alzar los ojos, como si aquella mancha pesara sobre mí, como si yo fuera responsable ó partícipe de la ignominia del hombre á quien habia prometido mi vida.

—Lo repito, repuso Jorge, es posible que esa mujer haya mentido.

Esto diciendo, su acento no estaba de acuerdo con sus palabras: una voz interior me gri-



taba tambien, ay! en el fondo del alma, que un hombre de honor jamás está ni aun siquiera espuesto á semejantes sospechas!

—Una pregunta tengo aun que hacerte, prima, me dijo Jorge; perdónamela. ¿Tienes alguna prenda, tienes cartas que reclamar de ese hombre?

—Una carta, una sola, respondí; pero no te apures por eso. Poco me importa el mundo; ya todo se ha acabado para mí!

En esto vino á interrumpirnos, la familia entera, que queria rodear á Jorge en el momento de su partida. Cuando le anunciaron que aguardaba el coche, abrazó á su madre y á su abuela, Noemí se le echó al cuello sin ceremonia, pero yo apenas tuve fuerza para levantarme y alargué una mano trémula; él la llevó á sus labios con un movimiento involuntario de ternura y de respeto que me conmovió profundamente. Luego que se fué, sentí un vacío, un abandono que estaba muy lejos de preveer; mi aislamiento empezaba de nuevo, porque á veces está uno aislado moralmente sin estar solo, y en los dias de desgracia ese aislamiento es horrible.

Una semana transcurrió sin que recibiésemos la menor noticia de Jorge ni del príncipe; luego, una noche, oímos de pronto un ruido de caballos... Mi corazon latió con violencia aguardando la vida ó la muerte.

—Jorge! aquí está Jorge! gritaron todos alegremente saliéndole al encuentro.

Ni siquiera tuve fuerzas para levantarme de mi silla, temiendo acelerar un momento la desgracia que preveía. Mi primo entró precipitadamente buscándome con los ojos: su estremada palidez, la turbacion de su rostro me lo dijeron todo... luego me apretó la mano echándome una mirada de compasion y de dolor.

Entonces comprendí por el violento pesar que me abrumó, que hasta aquel momento habia conservado á pesar mio alguna esperanza; con todo, conservé una aparente serenidad; ya no me quedaban lágrimas que derramar; mi estado no era ya la resignacion, sino la fatiga que sigue á esos combates terribles en que el alma rebelde rehusa aceptar el padecimiento.

Pronto mi abuela cogió del brazo á Jorge para ir al terrado, segun su costumbre, pero sin duda se hubo de apoyar en él con fuerza, porque el pobre muchacho no pudo retener un grito de dolor. Entónces por primera vez ví á mi tia olvidar su habitual impasibilidad exclamando:

—Jorge! estás herido en el brazo, — te has batido! ya lo habia yo adivinado por la palidez de tu rostro.

—No es nada, absolutamente nada! dijo Jor-

ge con un acento imperioso que prescribia el silencio; es un rasguño, una caída. Pido por favor que no se vuelva á hablar de este accidente insignificante.

Imposible me era ya dudarle; por mí habia arriesgado su vida, y yo en mi profundo egoismo ni siquiera habia previsto aquel peligro.

A la mañana siguiente, me encontré de nuevo á Jorge en el salon, á la hora en que todos los demás habitantes de la quinta estaban todavía en sus cuartos.

—Primo, le dije, no vengo á darte gracias; una gratitud como la mia no se espresa con palabras. Has sido mi hermano, mi único amigo, mi salvador.

La voz se me alteraba y no pude proseguir.

—Triste encargo ha sido, Albina, el que he tenido que cumplir, me respondió en fin cuando me vió mas tranquila, porque durante algunos instantes no se oyó mas que el eco de mis sollozos. Cuando te sientas con fuerzas para oirme, te daré las esplicaciones que tienes derecho á exigir. Ordena, dispon de mí....

—Habla, ahora mismo, repuse. Mañana, quiero que un eterno silencio cubra esta triste historia pasada.... Luego, tengo que pedirte otro servicio.... el último. Deseo que me sirvas de mediador con mi abuela y mi tia.... Díles todo lo que sabes.... pídeles que eviten toda alusion á mi desgracia, todo consuelo sobre todo.... En cuanto á sus reconvenciones muchas merezco, pero conozco demasiado su indulgencia para temerlas.

Con todos los miramientos que puede dictar una estremada delicadeza, Jorge me refirió los pormenores del rompimiento. Por desgracia mi pobre abuela, al acceder á mis deseos, no habia atendido mas que á mi curacion.... Se habia fiado muy ligeramente del dicho de algunas mugeres frívolas, como la baronesa de Larcy que, deslumbradas por el brillo exterior del príncipe, y encontrándole en todos los salones, no podian figurarse que su carácter ó su posicion dejasen de ser lo que parecian. Además, en cuestiones de bodas, pocos amigos lo son lo bastante para mostrarse sinceros. Verdad era! Jorge habia obtenido la prueba completa de la infamia de Alfeo Micaelis, y harto confirmaba la opinion pública aquel vergonzoso secreto; pero, lo repito, todos aquellos tristes pormenores salieron de su boca en los términos mas delicados, sin arrebatado alguno, sobre todo sin recriminaciones... Luego que acabó de hablar, me entregó mi carta, que rasgué... En seguida dí algunos pasos para retirarme, mas al llegar á la puerta, volví la vista atrás, avergonzada de mi egoismo. Jorge continuaba apoyado en una



mesa, grave, silencioso, pálido aun y debilitado por su herida. Volví á él sin que oyese el rumor de mis pasos, y poniéndole la mano sobre el brazo, le dije con voz trémula:

—Perdóname, Jorge! padezco tanto, que bien merezco un poco de compasion.

—A costa de mi vida, me dijo, hubiera querido restituirte la felicidad! Te comprendo y te compadezco con toda mi alma.

¡Líbrete Dios, hija mia, de experimentar jamás lo que entonces padecí yo! Despreciar lo que se ha amado, pisotear uno mismo todas las alegrías y todas las esperanzas de su juventud, es cosa horrible, ¡oh, sí, muy horrible! de esta lucha cruel el alma sale quebrantada, envejecida, pero resignada, completamente curada. Ningun sentimiento de ternura sobrevive al desprecio: esperanza, fé, recuerdos, todo perece á la vez; un incendio devora el palacio de los sueños para no dejar mas que cenizas y escombros....

Aquella misma noche pasaron á mi cuarto mi abuela y mi tia.

Mi abuela lloraba.... Oh! qué remordimientos me causaron sus lágrimas!

—¿Por qué no has tenido mas confianza en tu familia, Albina? me dijo mi tia. Mas natural hubiera sido y aun mas decoroso dirigirte á nosotras que á mi hijo.

—Conozco, respondí, que soy muy culpable. Mi mayor culpa, la que nunca me perdonará Vd., es haber espuesto la vida de Jorge.

—Su herida es harto leve para inquietarnos, repuso Mme. de Braizieux con su acostumbrada frialdad. Además, no ha hecho sino cumplir su deber: no tienes hermano, y él es aquí el único representante de la familia.

(Se continuará.)

## CORRESPONDENCIA.

Sr. Don A. T.: *Cartagena*.—Queda renovada su suscripción hasta fin de Marzo y enviado por el correo el Almanaque profético.

Sr. Don V. E. y R.: *Alcalá de los Gazules*.—Se ha renovado su suscripción hasta 31 de Marzo.

Sra. D<sup>a</sup> E. M. del P.: *Mancha, en Iniesta*.—Le fué remitido el cuaderno de Noviembre.

Sra. D<sup>a</sup> M. del P. H.: *Ayamonte*.—Los libros que por su regalo le correspondía le fueron enviados por el vapor Pensamiento.

Sra. D<sup>a</sup> C. V. de M.: *Por Zaragoza en Hija*.—Queda V. suscrita por 6 meses desde 1<sup>o</sup> de Enero.

Sra. D<sup>a</sup> R. G. de M.: *Salamanca*.—Id. id.

Sr. Conde de la V. de S.: *Tolosa*.—Queda V. suscrita por 3 meses desde 1<sup>o</sup> de Diciembre.

Sr. Don A. D.: *Sevilla*.—Se ha duplicado por conducto del ordinario lo que por correo se estravió, pues está visto que en esa administracion tiene desgracia LA MODA. Debe V. remitir 15 sellos de correo de á 4 cuartos, valor de los varios números enviados.

Sra. Marquesa Vda. de la M.: *Sevilla*.—Queda V. anotada por suscritora de año y los libros que se sirvió pedir deben ser ya en su poder, pues los llevó el cosario.

Sr. Don J. M. M.: *Por Alcalá la Real, Frailes*.—Las constantes faltas en los correos son la causa de que no haya V. recibido los cuadernos de Agosto y Octubre. La Empresa por complacer á V. se los ha duplicado.

Sra. D<sup>a</sup> J. U.: *Jaen*.—Queda V. suscrita por todo el próximo año.

## Solucion del geroglífico anterior.

*Cobra buena fama y échate á dormir.*

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1857.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.



Ayuntamiento de Madrid